

LOS GRITOS DE DOLOR

Los gritos de Emilio se escucharon muy fuertes. Nadie sabía cómo consolarlo. Aquellos que lo estaban acompañando no lo podían frenar. Su fuerza era irresistible, su llanto imparable. Ese grito que sale del dolor es una puñalada certera en el corazón de cualquiera que lo esté escuchando. Lo que ese dolor es capaz de provocar no tiene vuelta atrás. De ahí nada puede surgir, es como quedar atrapado en una eterna pesadilla.

El sol recalentaba la tarde, después de una breve lluvia en la mañana. Es una tarde de octubre. El cielo absolutamente despejado, una tarde común, en la que la rutina de Emilio dejó de ser la misma.

A Emilio le avisó Ricardo en un breve llamado telefónico: “vení pronto por favor, no te demores, no te puedo explicar por teléfono, pero venite ya...”.

Todavía caían unas gotas cuando Emilio abrió la puerta y encontró el paquete en el umbral. Betiana que se había levantado más temprano le había dejado ese paquete, algo que lo sorprendería. Con premura y con mucho entusiasmo le había guardado allí dos pares de escarpines, uno rosado y uno celeste y los estudios que habían dado positivo.

Betiana, era su novia desde el quinto año de la secundaria, y habían aprendido a quererse a pesar de todas las diferencias que pudieran existir entre ellos. Luego de cinco años, casi en el final de sus estudios universitarios, empezaron a proyectar la posibilidad de vivir juntos.

Cuando se subió al taxi casi no tenía palabras para decir hasta dónde debía ir. El taxista lo miró por el retrovisor y le comentó si le pasaba algo y le ofreció ayuda. Emilio con los ojos enrojecidos y la voz entrecortada le dijo que no, que solo maneje rápido. Los pensamientos eran una gran nube negra, millones de lágrimas se acomodaban en sus ojos y no podían salir.

Se agarraba las manos con fuerza una pobre manera de soportar la duda. Escuchar a Ricardo llorando, le hizo pensar que era algo malo, pero no sabía qué. No sabía. Eso era lo peor.

Cuando Emilio se levantó esa mañana antes de irse al trabajo vio el paquete en el umbral, estaba envuelto de una manera perfecta con papel de distintos colores, con distintas cintas. Las ansias de abrirlo se le presentaron en el mismo instante. Pero con lo primero que se encontró fue con una carta de Betiana, que le decía que no lo abriera hasta la noche. Que en la noche, cuando estuvieran juntos, después de la cena especial que ella prepararía, abrirían la caja y él podría ver por fin lo que allí estaba.

Emilio sintió que no soportaría hasta la noche, pero por el amor que tenía por ella, decidió esperar y esperarla. Pensó que si no fuera importante lo que está en la caja, no la hubiera colocado en la puerta mientras dormía, revestida como de regalo. Pensó también, que después del trabajo se iría a la facultad para arreglar los últimos detalles con el director de tesis. Calculaba que en un mes más la tendría lista para ser presentada. El director era menos optimista que él, pero el esfuerzo de ambos los llevaría a la meta esperada. Especialmente el esfuerzo de Emilio.

El taxi avanza muy lento, los semáforos en rojo en cada esquina los hacen parar y esperar. Esa espera para Emilio es eterna. Es punzante. Es dañina. Sus manos están absolutamente cerradas y contracturadas. Con los puños cerrados se golpea la pierna. Le pide al taxista que se apure que pase en

rojo y que si le hacen multa, él se haría cargo, pero que se apure. El taxista le ruega que lo aguante un segundo, que eso no lo puede hacer. Que le pueden quitar el auto. Y con eso come él y su familia. Emilio lo insulta en voz baja. Pero es un dolor que no puede expresar. Todo es confuso también. Muy confuso.

Mientras Emilio iba al trabajo llama a Betiana diciéndole que la sorpresa lo estaba volviendo loco, ella le dice, que aprenda a esperar. Esperar un poquito no te vendrá nada mal. Mientras le decía todo eso, Betiana reía, sabía que si algo tenía Emilio era que no podía esperar ni un minuto. Todas las cosas las quería al instante.

El taxista entra por la calle que Emilio le dijo. Está llena de gente. Hay una ambulancia, está la policía. Entre la gente lo ve a Ricardo, que está sentado en vereda, con la manos en la cara. Emilio baja corriendo hacia la gente amontonada. Cuando la ve allí, en el piso, a Betiana, no supo qué hacer más que gritar, gritaba mucho, mientras las agarraba en el piso llena de sangre. La besaba, la afirmaba en su pecho. Los gritos de dolor eran fuertes. Muy fuerte. Ricardo lo abraza y no sabe cómo contenerlo. No sabe. Solo se limita a abrazarlo. La muerte deja siempre esas ausencias tan difíciles de suplantar.